

El Apóstol de las Montañas Rocosas: El Padre Pierre-Jean De Smet, S.J.

5 DE JUNIO DE 2008 LAS ESCLAVAS DEL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

Los historiadores contemporáneos se inclinan a clasificar los esfuerzos de los primeros jesuitas en este país como esencialmente exploratorios. La verdad es que estos nobles hijos de San Ignacio exploraron nuestras regiones indómitas simplemente para llevar el mensaje de salvación a las almas paganas. Por ejemplo, el padre Jacques Marquette descubrió el caudaloso río Mississippi, pero luego lo utilizó como medio para encontrar tribus paganas a lo largo de sus orillas.

Fue siempre con esta ambición impulsora que estos santos hombres abandonaron la comodidad y la seguridad de la vida en sus tierras europeas para aventurarse en el inexplorado desierto americano, llevando la Fe y los Sacramentos a miles y miles de indios. Su labor, tan parecida a la de los Apóstoles, se ganó incluso la admiración de hombres como George Bancroft, el historiador protestante. Él señaló: "La historia de sus labores está relacionada con el origen de cada pueblo célebre en los anales de la América francesa; no se dobló un cabo, ni se entró en un río, sino que un jesuita abrió el camino".

Uno de los que desafiaron los peligros del interior del Nuevo Mundo fue el incansable Pierre De Smet. Era un belga de tan gran fuerza física que ya de niño le habían puesto el apodo de "Sampson". Pierre era seminarista cuando, en 1821, se ofreció como voluntario para el trabajo misionero. Fue uno de los seis elegidos para acompañar a dos sacerdotes en su viaje a este país. Llegaron a Filadelfia cuarenta y dos días después y se dirigieron al noviciado jesuita de Whitmarsh, cerca de Washington, D.C.

Un año más tarde, el joven De Smet y otros once alumnos jesuitas partieron a pie hacia Florissant, Missouri. Aquí, con la ayuda de Santa Rosa Filipina Duchesne, de las Hermanas del Sagrado Corazón, establecieron una provincia jesuita. Pierre hizo sus votos en 1827 en Florissant y al año siguiente llegó a San Luis, donde ayudó a fundar la Universidad de San Luis, ayudando incluso a extraer las piedras de construcción.

La llamada del Oeste

Pero los ojos del padre De Smet siempre habían sido atraídos hacia el oeste, su corazón anhelaba estar entre los indios paganos de aquellas regiones lejanas y apenas exploradas. Su sueño era

conquistar sus almas, y su espíritu estaba siempre inquieto por esa ambición. Habiendo visto la inhumanidad y la traición del Hombre Blanco en su trato con muchos de los nativos americanos, y los sórdidos efectos del "agua de fuego" que había traído a su mundo, el santo belga estaba ansioso por llegar a los salvajes del Oeste antes de que lo hiciera la "civilización" blanca. Porque, al hacerlo, podría resarcir en cierta medida las injusticias ya infligidas a las tribus orientales y ayudar a salvaguardar a otras que aún no habían sido contaminadas por el licor y la inmortalidad de los comerciantes fronterizos que avanzaban.

Por lo tanto, fue una gran alegría para el buen jesuita cuando el Concilio de Baltimore asignó las misiones indias de los Estados Unidos a los Padres de la Compañía de Jesús. En 1836 fue enviado a fundar una misión entre los Potawatomies en Sugar Creek. Pronto se levantó una pequeña capilla y se abrió una escuela. Muchos, incluidos los enfermos, venían desde kilómetros de distancia para aprender la fe y ser bautizados.

La paz con los sioux

El hacinamiento en la misión era el menor de los problemas para el padre De Smet y sus cargos espirituales. Los Potawatomies vivían aterrorizados por los poderosos Sioux, que durante años amenazaban con acabar con su pequeña tribu. El valiente sacerdote decidió viajar al lejano territorio de los temibles guerreros y abogar en nombre de los potawatomies. No sólo consiguió una paz duradera con los sioux gracias a su confiada sinceridad y a su talentosa diplomacia, sino que también aprovechó la ocasión para instruir a sus líderes en la fe y bautizar a muchos de los niños. Los indios le agradecieron sus sacrificios por ellos, hecho que hizo crecer su buena reputación entre las diversas tribus del Medio Oeste. Esta reputación haría que su nombre fuera ampliamente conocido en dos continentes y lo consagraría como el misionero más importante de América.

Pierre De Smet tipifica en muchos aspectos a sus valientes y piadosos precursores jesuitas en la frontera americana. Estos primeros misioneros, aceptando un martirio seguro a manos de los hombres rojos, se aventuraron con entusiasmo a ofrecer sus vidas a cambio de la conversión ocasional de un alma. Con tales sacrificios habían hecho que los iroqueses y los hurones abrazaran el catolicismo, y éstos, a su vez, habían compartido el credo de la redención con otras tribus del mundo indio cuando se vieron obligados a ir hacia el oeste. Dos de esas tribus eran los Flatheads y los Nez Percés, que estaban destinados a desempeñar un papel importante en la carrera misionera del padre De Smet.

John Upton Terrell, autor de *Black Robe: The Life of Pierre-Jean de Smet, Missionary, Explorer, Pioneer*, ofrece este relato: "Profundamente preocupados por su propio estado espiritual, los Flatheads y los Nez Percés se dirigieron gradualmente a los iroqueses en busca de orientación, y adoptaron los ritos y las costumbres de la Iglesia practicados por ellos. Llegaron a creer lo que sostenían los severos y estoicos iroqueses: que la religión india era falsa y que los Flatheads y Nez Percés corrían el riesgo de ser arrojados al infierno. La salvación sólo podía conseguirse abrazando la fe católica".

Las extraordinarias cabezas planas

Pero los Flatheads eran, con mucho, los más virtuosos de los indios norteamericanos. Incluso Lewis y Clarke, habiendo sido testigos de la degeneración generalizada entre muchas de las naciones de los hombres rojos, hablaron muy bien del "honor de los cabezas planas. . . . Deben ser citados como una excepción. Es la única tribu que tiene alguna idea de castidad".

Desde que este noble pueblo apenas conoció la fe de los iroqueses, los cabezas planas buscaron con determinación a un jesuita "túnica negra" que les diera una instrucción espiritual más profunda y les llevara los sacramentos. De hecho, la búsqueda se convirtió en una obsesión para ellos. Varias veces habían enviado pequeñas expediciones para recorrer miles de kilómetros en busca de un Túnica Negra, arriesgándose a morir a manos de tribus enemigas. En una de esas expediciones a San Luis, cuando los cuatro emisarios llegaron, todos entraron inmediatamente en una iglesia y se postraron ante el Santísimo Sacramento. Los otros dos tuvieron que regresar tristemente a casa con la noticia de que no se podía prescindir de ningún sacerdote para la labor misionera en su peligroso campamento de las Montañas Rocosas.

En 1839, dos iroqueses católicos se encontraron con el padre De Smet en su misión de Potawatomie. Se llamaban Pierre Guacher y Young Ignace (por San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús), y llevaban veintitrés años viviendo entre los Flatheads, guiándolos en la fe. El padre De Smet escribió sobre ellos en su diario: "Nunca he visto a ningún salvaje tan ferviente en la religión. Por sus instrucciones y ejemplos han dado a toda esa nación [los Flatheads] un gran deseo de bautizarse. Toda esa tribu observaba estrictamente el domingo y se reunía varias veces a la semana para rezar y cantar cánticos. El único objetivo de estos buenos iroqueses era conseguir un sacerdote que viniera a terminar lo que tan felizmente habían comenzado". El misionero añadió: "Con lágrimas en los ojos, me rogaron que volviera con ellos. . . . De buena gana daría mi vida para ayudar a estos indios". Esencialmente, eso es lo que hizo el buen sacerdote; ya que, habiendo recibido el permiso de su superior, partió a predicar a los Flatheads y Nez Percés y a partir de ahí comenzó su carrera de cuarenta años entre todas las grandes naciones indias del Noroeste.

Pierre Guacher, uno de los dos iroqueses que habían defendido la causa de los Cabezas Planas ante el Padre De Smet, estaba tan extasiado por haber conseguido por fin un sacerdote para la tribu, que había corrido a llevar la alegre noticia a su pueblo adoptivo, dejando al joven Ignace solo para que guiara al jesuita en este largo viaje. Cuando De Smet y su compañero estaban todavía a varios cientos de millas de su destino, se encontraron con la deliciosa sorpresa de un grupo de Cabezas Planas que había salido a escoltar al estimado visitante.

"Nuestros corazones son grandes"

Al acercarse al campamento, la tribu recibió a su tan esperado Túnica Negra como si el mismísimo Salvador hubiera venido a ellos, corriendo hacia él con los brazos extendidos y con

lágrimas corriendo por sus mejillas. El Padre De Smet fue conducido hasta el Jefe Cara Grande, que se dirigió a él con este saludo: "Túnica Negra, eres bienvenido a mi nación. Hoy Kyleeyou [Nuestro Padre] ha cumplido nuestros deseos. Nuestros corazones son grandes, ya que nuestro mayor deseo se ha visto gratificado. Te encuentras en medio de un pueblo pobre y rudo, sumido en la oscuridad de la ignorancia. Siempre he exhortado a mis hijos a amar a Kyleeyou. Sabemos que todo le pertenece a Él, y que toda nuestra dependencia es de su liberal Mano. Ahora, Padre, habla, y cumpliremos todo lo que nos digas. Muéstranos el camino que debemos seguir para llegar al lugar donde reside el Gran Espíritu. Túnica Negra, seguiremos las palabras de tu boca".

Y la Túnica Negra habló, enseñándoles oraciones, enseñándoles sobre la Santísima Madre y hablándoles de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor. Y mientras lo hacía, aquellas conmovedoras emociones que había presenciado en el momento de su llegada se hacían aún más evidentes entre sus nuevos hijos espirituales. Muchos se bautizaron pronto, entre ellos el Jefe Cara Grande, que tomó el nombre cristiano de Pablo, y su esposa, que tomó el nombre de Inés, en honor a la virgen mártir de Roma. Otros tendrían que esperar hasta la primavera, cuando el Padre pudiera venir de nuevo a completar su instrucción religiosa. Pues tenía que volver a San Luis antes de que llegara el invierno.

El Jefe Paul dio esta hermosa y conmovedora despedida a su padre espiritual que se va: "Túnica Negra, que el Gran Espíritu te acompañe en tu largo y peligroso viaje. Mañana y noche rezaremos para que llegues sano y salvo a tus hermanos de San Luis, y seguiremos rezando así hasta que vuelvas con tus hijos de las montañas. Cuando las nieves del invierno hayan desaparecido de los valles y empiece a aparecer el primer verde de la primavera, nuestros corazones, que ahora están tan tristes, volverán a alegrarse. Cuando la hierba de la pradera crezca más y más, saldremos a tu encuentro. Adiós, Túnica Negra, adiós".

Aparece María

Manifestando su complacencia y su tierno amor por sus nuevos hijos, la Virgen se les apareció al menos en dos ocasiones: una vez en un tipi a un niño, que describió a la Señora con una extraña túnica de pie sobre una serpiente que tenía una manzana en la boca; y otra vez a una niña de doce años mientras agonizaba: "¡Qué hermoso!" Veo que los cielos se abren y la Madre de Dios me llama para que venga". Volviéndose a los que la rodeaban, la niña dijo: "Haced caso de lo que os dicen las túnicas negras, porque dicen la verdad". En honor a las grandes bendiciones de Nuestra Señora sobre ellos, los Cabezas Planas organizaron la primera sociedad india de la Santísima Virgen, con la esposa del jefe, Agnes, como presidenta.

El Padre De Smet regresó de las Rocosas, llegando a San Luis en el otoño de 1840, para informar a sus superiores jesuitas de las felices noticias de sus victorias apostólicas. Reunidos con él en consejo, acordaron que su abrumador éxito con los Cabezas Planas era una señal positiva de la Reina del Cielo de su deseo de establecer su reino entre los habitantes del noroeste de América. Por lo tanto, se planificó un amplio sistema de misiones para cumplir con esta gran -por no decir peligrosa- tarea de evangelización. Y el incansable belga fue elegido, naturalmente, para encabezar el agotador esfuerzo. Cada año partía hacia la extensión de las montañas, visitaba

nuevas tribus y preparaba el camino para establecer una misión. Una vez hecho esto, otros padres jesuitas le seguirían y empezarían a trabajar de forma permanente entre las tribus recién ganadas, mientras él mismo seguía buscando otras. Mediante este acto continuado de dedicación y sacrificio, De Smet llevó el mensaje de salvación a unas cuarenta mil almas, repartidas entre treinta y seis tribus distintas, la gran mayoría de las cuales recibió la fe con el corazón abierto y la sencillez de un niño.

Cruces

Sin embargo, aunque los éxitos del predicador fueron extraordinarios, no cayeron sin esfuerzo en su regazo como la fruta de un árbol. Fueron ganados por la perseverancia contra los obstáculos y dificultades más difíciles. El padre De Smet y sus compañeros misioneros jesuitas tuvieron que recorrer miles de kilómetros a través de una selva sin caminos, a través del calor asfixiante del verano con sus enjambres de insectos que les hacían la guerra incesante, hasta el frío adormecedor del invierno con sus vientos cortantes y sus nieves cegadoras. Atravesaban montañas amenazantes, vadeaban ríos en erupción, navegaban por pantanos estancados. Y estaban constantemente en peligro por los reptiles venenosos y las bestias errantes.

Por supuesto, también existía la amenaza siempre presente de los salvajes hostiles. Y esto era un peligro aún mayor porque, como el propio De Smet observó en muchas ocasiones, no había nada sobre la faz de la tierra más imprevisible que el indio americano, ya fuera amistoso u hostil. Afortunadamente, el misionero fue capaz de discernir un rasgo común a todos. Este era su "deseo de descubrir algún poder superior al hombre". Encontró que por la singular gracia de esta hambre espiritual, los indios estaban "atentos a la menor palabra que pareciera transmitir el más mínimo conocimiento de un Ser Supremo."

El buen Padre utilizó esa gracia en su propio beneficio con frecuencia, ya que fue atacado muchas veces por bandas de tribus desconocidas. Casi siempre conseguía desarmar incluso a los más temibles, primero despertando su curiosidad por su extraño hábito negro, y luego utilizando su trato amable, su sencilla franqueza y su sincero amor para explicar su pacífica misión como hombre de Dios. Sin embargo, esto no eliminaba por completo los riesgos, ya que era costumbre que luego cimentara su amistad festejando con las tribus platos nativos que generalmente estaban sin cocinar, a menudo rancios, y siempre repugnantes para el delicado apetito del hombre blanco.

Había algunos indios, en cambio, que sólo respetaban una virtud: el valor. Y el suyo fue puesto a prueba en varias ocasiones por feroces guerreros, que blandían tomahawks y cuchillos, y que emboscaron al sacerdote desarmado, si no para matarlo, al menos para aterrorizarlo y hacerlo huir.

Otra dificultad era el lenguaje. Los indios no utilizaban conceptos abstractos de pensamiento, sino que se limitaban estrictamente en su conversación a entidades materiales. Por lo tanto, incluso el aprendizaje de una de estas lenguas y su utilización para comunicar ideas teológicas sería suficientemente difícil para los misioneros, pero los jesuitas tuvieron que asimilar muchas lenguas habladas y dialectos diferentes del mundo indio.

Luego estaba la falta de dinero. En este país los hijos de San Ignacio eran extremadamente pobres. Los americanos se preocupaban poco de ayudar a los jesuitas que trabajaban entre ellos. Como consecuencia, el Padre De Smet tuvo que cruzar el océano no menos de diecinueve veces, recaudando fondos en Europa para su noble obra.

Oro, whisky, socialistas y mormones

Y sin embargo, en el siguiente caso nos enteramos de que podría haberse enriquecido más allá de lo imaginable sin tener que abandonar las Rocosas, si hubiera estado dispuesto a debilitar sus elevados ideales. Mientras viajaba por un valle montañoso, dio con una pepita de oro del tamaño de un puño, que sólo podía proceder de una veta muy grande. (De hecho, posteriormente se comprobó que en realidad había descubierto uno de los yacimientos de oro más ricos del mundo). Pero el virtuoso sacerdote sabía que si daba a conocer su descubrimiento, atraería una avalancha de buscadores de fortuna sobre el último refugio de los indios, junto con los peores elementos que engendra la codicia. Aunque el dinero era necesario para su trabajo, el padre De Smet decidió mantener su secreto encerrado en su corazón por el bien de sus hijos rojos.

Lamentablemente, fue imposible impedir que los hombres blancos encontraran otros yacimientos en el Oeste, y en pocos años llegaron en masa. Qué cruz fue esto para Pierre De Smet! No podía hacer más que rezar mientras veía cómo sus magníficos logros espirituales se veían amenazados y a veces destruidos por el comportamiento escandaloso de libertinos amorales, herejes y malos católicos. "Imagínense", escribió a su familia, "miles de aventureros de todos los países, desertores, ladrones, asesinos, la escoria de los estados . . . viviendo juntos, libres de toda ley y restricción".

Estos personajes sin escrúpulos dieron a los indios whisky a cambio de su oro. Y con la llegada del whisky, la embriaguez, la depravación y la barbarie pronto se apoderaron de las naciones antes nobles y cristianizadas de los hombres rojos del oeste, por no hablar de las naciones paganas que, al menos en las montañas y llanuras occidentales, tendían a ser menos belicosas por naturaleza. Estas pobres almas fueron engañadas de todas las maneras posibles, y se desquitaban con furia ebria mediante sangrientos frenesíes de venganza. Inevitablemente, la horrible condición condujo a un estado de guerra.

Hubo otras compulsiones ruinosas, además de la lujuria por el oro, que atrajeron a los hombres blancos al Oeste. Una de ellas era política. Se trataba del movimiento icariano, dirigido por el socialista francés exiliado Etienne Cabet, que había fundado varios asentamientos comunistas en Estados Unidos. Cabet y sus icarianos querían establecer nuevos estados en Occidente bajo una forma de gobierno comunista. Cabet, escribió el sacerdote, "está negociando en este momento para ir a ocupar un gran territorio al este de las Montañas Rocosas. Los pobres y sencillos salvajes serán sus incautos. . . ."

Otro de los peligros era el religioso. "Los mormones ya están allí", añadió De Smet, "en número de cincuenta a sesenta mil". Una vez escribió sobre "esa terrible secta de fanáticos modernos" lo siguiente: "Huyendo de la civilización, [ellos] se establecieron en medio de... el desierto. Con el

corazón lleno de odio y amargura, no cesaban, en cada ocasión que se presentaba, de agitar el país, provocar a los habitantes y cometer actos de robo y asesinato. . .”

Al servicio del Tío Sam - y de la Santísima Virgen

Criticar al hombre blanco por sus crímenes contra el hombre rojo no es una actividad reservada a los liberales de corazón sangrante y a los progresistas que odian la cultura occidental. En pos del "Destino Manifiesto", los angloamericanos cometieron numerosos crímenes contra los nativos del Oeste (incluidos los mexicanos del Suroeste). El Tío Sam había agitado un avispero, y ante estos desórdenes, el gobierno de Estados Unidos recurrió a Pierre De Smet en busca de ayuda. Se alistó como capellán en el ejército, pero su papel era más bien el de un diplomático. Como el gobierno federal tenía un historial tan vergonzoso de violación de tratados, los indios rechazaron las propuestas del gobierno para negociar un acuerdo. El padre De Smet, que era el único carapálida en el que confiaban los indios - "el hombre blanco cuya lengua no miente", le llamaban-, era la única esperanza que tenía Estados Unidos para llegar a un acuerdo de paz con los nativos agraviados.

Quizás el acontecimiento más notable en la triste historia de estas amargas y trágicas guerras fue un encuentro con los sioux, la última fuerza de resistencia india. Toro Sentado era su líder, y sabía que la nación Sioux ya no era rival para el ejército de los Estados Unidos con sus modernas armas. Cansado de luchar y de los sufrimientos que su pueblo había tenido que soportar, el famoso jefe mandó decir que estaba de acuerdo en reunirse y discutir un tratado de paz con el gran Túnica Negra. Y así, a la edad de sesenta y ocho años, el padre De Smet emprendió el largo y arduo viaje a la tierra de los sioux. Un grupo de quinientos guerreros se reunió con él a su llegada. Cuando los guerreros se acercaron, el padre De Smet desplegó un estandarte que llevaba en un lado la imagen de la Santísima Virgen y en el otro el santo nombre de Jesús. El grupo de guerra gritó de alegría ante este glorioso espectáculo y se apresuró a dar la bienvenida al devoto jesuita.

La conferencia de paz comenzó al día siguiente, durante la cual se asignó a un abanderado para que mantuviera en alto el estandarte de Nuestra Señora en medio del campamento sioux. Pidiendo silencio, el Jefe Toro Sentado comenzó a hablar: "¡Bata Negra! Apenas me sostengo bajo el peso de la sangre de los blancos que he derramado. Los Blancos provocaron la guerra - sus injusticias; sus indignidades a nuestras familias; la cruel, inaudita y totalmente no provocada masacre en Fort Lyon de seiscientos o setecientos mujeres, niños y ancianos, sacudieron todas las venas que me unen y sostienen. Me levanté, hacha de guerra en mano, y he hecho todo el daño que he podido a los blancos. Hoy estás entre nosotros, y en tu presencia mis manos caen al suelo como si estuvieran muertas. Escucharé tus buenas palabras y, tan malo como he sido con los blancos, tan bueno estoy dispuesto a ser con ellos."

El padre De Smet presentó la propuesta de paz del gobierno a los líderes sioux, y luego, señalando el estandarte de la Santísima Virgen, dijo: "El estandarte que tenéis ante vosotros es el emblema sagrado de la paz, y nunca antes había sido llevado a tanta distancia. Lo dejaré con

vuestros jefes como garantía de mi sinceridad y como recuerdo continuo de mis deseos de felicidad para las tribus sioux."

Otro jefe, Luna Negra, se levantó para responder: "Tú, mensajero de la paz, nos has hecho vislumbrar un futuro mejor. Muy bien. Que así sea, esperemos. Te expreso aquí mi agradecimiento por las buenas noticias que has anunciado y por todos tus buenos consejos". Los términos de la paz fueron aceptados. Las madres sioux no permitieron que el Túnica Negra se fuera de ellas hasta que hubiera puesto sus manos sagradas sobre las cabezas de todos los niños pequeños y los infantes.

Qué gran satisfacción personal debió sentir el maravilloso sacerdote por todo esto! Qué magnífico servicio había prestado! No sólo entre los sioux, sino entre muchos pueblos, tanto rojos como blancos, y a lo largo de muchos años antes de su muerte, a la edad de setenta y dos años. Tan importante fue la figura del padre De Smet, como vínculo de paz entre el mundo indio y el mundo blanco, que las administraciones de tres presidentes sucesivos -Lincoln, Johnson y Grant- no pudieron promulgar ningún tratado con las naciones indias sin sus servicios.

Este heroicamente dedicado "Apóstol de las Rocosas", como era conocido, amaba a América. Amaba a los indios, y amaba a los blancos, de cuyo número de protestantes también había recibido conversos. A pesar de los abusos cometidos por las debilidades humanas, este europeo incluso amaba nuestro sistema de gobierno: "Muéstrame un espectáculo más glorioso, más alentador", escribió, "en todas las páginas de la historia: una constelación de estados libres, sin más fuerza pública que la opinión pública, moviéndose por una ley bien regulada, cada uno en su propia órbita, alrededor de la estrella más brillante de Washington. . . . Dios quiera que continúe como una hermosa muestra de sabiduría infinita. . . ."

Ojalá nuestra República estuviera a la altura de tan noble retrato. Y ojalá su pueblo hubiera seguido mejor los impulsos de la gracia de Dios, que le llegan por numerosas vías, entre ellas la de misioneros como Pierre-Jean De Smet, S.J. Ojalá llegue pronto el día en que dejemos de dar coces contra el agujón.

Al escribir al pueblo de los Estados Unidos en 1895, el Papa León XIII observó: "Los nombres recién dados a tantas de vuestras ciudades y ríos y lagos enseñan y atestiguan claramente cuán profundamente marcados estuvieron vuestros comienzos con las huellas de la Iglesia católica". El "Apóstol de las Rocosas" quería que América fuera una nación católica. Y dejó sus propias huellas a lo largo de su vasta extensión para que así fuera.

Gracias, Túnica Negra. Tus hijos están agradecidos. ¡Que tu gran corazón se regocije en el lugar donde reside el Gran Espíritu!